

# **ENTREMUNDO**

**Por Alejandro Aristimuño**



*Entre la realidad y las ideas suele haber un espacio vacío y cuánto más grande éste se vuelva, más peligrosa será la trampa. Para llenar ese vacío hay que creer en algo superior, trascendental, que no se encuentra a nuestro alrededor, sometido a las limitaciones físicas ni dentro de la mente, a merced de los prejuicios y los vicios; sino dentro del corazón.*

## I

*Martín Mare* estaba acostado en su habitación cuando unos tenues rayos de sol matinal se filtraron por la persiana plástica de color blanca que cubría los vidrios sucios con arena compactada de la ventana e impactaron en sus ojos heridos por el insomnio. Desde hacía tres días que no podía dormir más que unas pocas horas de corrido. Primero en el hospital y ahora también en su casa había pasado en vela casi toda la noche debido a los intensos dolores de cabeza que no le daban ni un momento de paz e iban acompañados de picos de baja presión arterial y una molesta sensación de hundimiento en la órbita ocular.

Esta vez sí había soñado, o por lo menos recordó que lo había hecho y sobre qué. Su maltrecha memoria le hablaba de un cielo que se tornaba marrón y verde, y el suelo rojo. La línea del horizonte los separaba con una pincelada de color negro, gruesa y profunda. El aire era irrespirable y en él flotaba un aroma intenso y penetrante a tierra y pasto, una especie de perfume bien caliente, como si se tratase de un hierro retorcido en llamas.

Los médicos le habían dicho a Martín que por el fuerte golpe que había sufrido en la cabeza iba a estar aturdido algunos días más hasta recuperarse totalmente. A esta circunstancia le atribuía él que sólo podía representarse esos flashes luminosos que, con una fuerza arrasadora, lo velaban todo, como si esos recuerdos fuesen un rollo fotográfico dañado.

Al recordar esas imágenes confusas se reincorporó pesadamente y se sentó en la cama, extenuado y adolorido. Le parecía que recién había terminado de correr una maratón, aunque apenas se había movido de su lugar. También estaba molesto porque no entendía aquel sueño aunque tampoco aceptaba cuál podía ser una explicación a tales

imágenes. Además, su estado físico general era pésimo y cualquiera que lo hubiera visto en esa mañana sentiría lástima de él. Y para colmo de males tenía por delante un día repleto de compromisos impostergables.

Martín se sentía perdido y solo, y la medicación y el paso de los días no lo ayudaban a menguar esa situación angustiante.

En ese momento entró *Dolores Aqua* a la habitación, corrió las cortinas y levantó la persiana en una rápida maniobra para iluminar aquel ambiente con energía positiva.

-Buen día. ¿Cómo te sentís hoy? -le preguntó a Martín, quien apenas le dirigió una mirada desconfiada y no respondió.

-¿Por qué no me explicás que te pasa? Ya ni me hablás.

-No tengo ninguna razón para darte una respuesta.

-No te entiendo. Soy tu esposa, ¿cómo no me vas a contar qué te está pasando? Estoy muy preocupada por vos.

-Ya te lo dije: vos no sos mi mujer, así que no te debo ninguna explicación.

Ella lo fulminó con la mirada inundada por las lágrimas y el dolor de saber que las cosas ya no eran como antes, y luego salió de la habitación sin pronunciar palabra alguna. Cuando cerró la puerta, recostó su espalda sobre la misma y rompió en llanto. Permaneció allí desesperada y sin saber bien qué hacer durante unos minutos, mientras escuchaba como él buscaba su ropa en los cajones y en el ropero, y se vestía lentamente y con dificultad.

Cuando Martín abrió la puerta ella ya no estaba. Él sabía que la mujer se hallaba en la cocina, por lo que decidió desayunar fuera de su casa, camino al trabajo.

Salió a la calle y el fuerte viento marino lo golpeó en la cara y lo despabiló. Con menos somnolencia pudo advertir que el cielo del invierno esbozaba un brillo limpio y débil pero que alcanzaba apaciguar la fresca intemperie.

Un poco de aire me va a hacer bien, pensó Martín al momento de decidir que sería mejor ir caminando hasta el restorán. Por un instante dudó entre tomar el bulevar de asfalto hacia el centro de la villa o la calle de arena perpendicular al mar para desviarse hacia la playa. Había llovido durante varios días y aquella mañana soleada en medio de tanta tormenta le pareció razón suficiente para visitar las olas por un rato.

La arena aún permanecía dura y húmeda, y a los costados de la calle los pinos flacos se bamboleaban frenéticamente. Parece que este invierno va a ser más duro que los anteriores, reflexionó Martín acelerando el paso.

Las diez cuadras que separaban su chalet, una clásica construcción con techo de tejas rojas y paredes de ladrillos a la vista distribuidos entre columnas de madera, con la playa fueron como un viaje en el tiempo. Más de dos décadas atrás, en el barrio de Martín casi todos los terrenos estaban ocupados por médanos y ahora en ellos se emplazaban viviendas de nuevos estilos y que en un primer momento habían sido levantadas para que las habitasen los turistas cuando iban a veranear. Sin embargo, muchos de estos visitantes decidieron luego radicarse definitivamente en la villa, por lo que debieron modificar sus casas y adecuarlas a una residencia permanente. Y así fue como en los últimos años fueron materializándose las novedades arquitectónicas que cambiaron sustancialmente el paisaje al que Martín se había acostumbrado de joven.

Quedaba a la vista que la villa había cambiado. La mayoría de sus actuales habitantes no eran originarios de allí sino que se habían instalado en su adultez y con familias formadas para escapar de la furia de las grandes ciudades bonaerenses. Sin

embargo, a diferencia de los *geselinos* de raza, no entendían la verdadera razón que los unía a ese lugar. Tal vez les faltaba un toque de bohemia.

En cambio, Martín sí se sentía parte de la ciudad que lo era todo para él. Lo mejor de su vida lo había pasado allí y ahora, preso de la peor etapa de sus 38 años de existencia, confiaba en que la villa lo iba ayudar a recuperarse.

“A pesar de todo, algunas cosas no cambian”, se dijo al tiempo que puso un pie sobre la rambla de madera que recorría todas las playas de una punta a la otra de la villa. Es que estaba parado frente al inmenso mar, el mismo que había sido testigo del histórico momento en que se enamoró de la verdadera Dolores.

Y otras cosas no vuelven, pensó Martín y luego incrementó aún más la velocidad de sus pasos sobre los crujientes maderos dispuestos sobre la arena en forma paralela al océano y hacia el oeste, en dirección al centro comercial.

El restorán y parrilla *Aqua di Mare* estaba estratégicamente ubicado en avenida 2, es decir, unos 200 metros al norte de la playa y unos 100 al sur de la peatonal, por lo que se encontraba en medio del intenso movimiento de transeúntes típico de la temporada de verano. Acorde con la originaria arquitectura de la villa, el local, con capacidad para 200 comensales, estaba construido básicamente en piedra y madera. Al ingresar por una corta escalinata se llegaba a un pequeño hall de recepción adornado con fotografías de los diferentes miembros de las familias Mare y Aqua acompañados por las distintas personas famosas que alguna vez habían sido clientes. Había imágenes de músicos, actores y deportistas populares. Martín las había colocado allí porque le recordaban el enorme esfuerzo que había hecho para obtener el éxito de ser el dueño de uno de los restoranes más importantes de Gesell.

Pero como no se olvidaba de la ciudad que siempre lo había albergado con sus brazos abiertos también vendía distintos tipos de *suvenires* alusivos a la villa y su historia, los cuales iban acompañados de variados y coloridos folletos.

El salón principal era amplio y rectangular, con un piso de laja negra siempre lustrado y reluciente que era interrumpido por un sutil desnivel en el extremo norte donde habitualmente se colocaban las mesas *VIP*. Y hacia ambos costados se ubicaban dos juegos de sillones acompañados por sendas mesas ratonas y pequeñas repisas repletas de libros sobre turismo y gastronomía.

La barra estaba al frente, apenas se salía de la recepción. Allí, Martín se encargaba de las relaciones públicas y servir tragos a sus comensales preferidos. Su amigo de toda la vida, *Leonel Fredes* era quien realizaba adición y manejaba el dinero de la caja.

Cuando Martín entró, Leo aún no había llegado. Las dos semanas de vacaciones de invierno de julio ya habían pasado, por lo que los almuerzos no eran tan ocupados, situación que aprovechaba el encargado para llegar a su lugar de trabajo un poco más tarde, cerca de las 12.

El dueño saludó con un gesto de la mano a los empleados abocados a armar las mesas del salón y rápidamente se dirigió hacia la escalera para subir a la planta alta donde lo esperaba su oficina. Era una habitación pequeña, no en dimensiones pero sí en relación a la cantidad de cajas con papeles y carpetas diseminadas por los dos amplios escritorios con sus respectivas computadoras. Y el suyo era el más desordenado de ambos ya que su esposa, además de ser muy aplicada con su trabajo en contabilidad, le dedicaba mucho tiempo a la organización de su espacio personal-laboral.



Martín se dejó caer pesadamente sobre la silla reclinable y encendió la computadora ya que su primera tarea del día era ver los correos electrónicos que le enviaban con consultas sobre presupuestos de eventos para organizar en el restorán.

En el último tiempo, el negocio rendía más por albergar fiestas de cumpleaños, laborales y casamientos que por los ingresos de los comensales diarios. Y esta tendencia demandaba mayor dedicación por parte de Martín, quien era el especialista en organizar los eventos hasta el último detalle. En cambio, atender las mesas diarias se trataba de una tarea que se desarrollaba bajo la tutela de su amigo Leo.

Mientras la pantalla del monitor de la computadora se inundaba de datos, gráficos y preguntas difíciles de responder, Martín miró hacia el escritorio de su esposa y advirtió que se encontraba ordenado, como siempre, pero abandonado como nunca antes. Luego observó la fotografía en un porta retrato colocado al costado de la máquina en la que se lo veía a él junto a su pequeña hija, *Milagros*, de casi dos años. Cuando salga al mediodía voy ir a almorzar a la casa de mamá así la veo a Mili, la extraño muchísimo, pensó.

Apenas ocurrido el accidente, su hija se había quedado en la casa de sus padres pero luego él decidió que continuara allí hasta que se resolviera su situación con Dolores. “Pobre Mili, le hace falta mucho su madre. Tanto como a mí”, dijo en voz baja y abrió el primer cajón del escritorio de donde extrajo una botella de whisky importado media vacía, o media llena, dependiendo del humor del bebedor, y se sirvió un largo trago.

Martín sentía la necesidad de beber para tratar de relajarse un poco. La medicación que le habían recetado para combatir las fuertes migrañas y los dolores físicos que sufría parecía no hacerle efecto. Encerrado en su oficina trataba de pensar en

cómo defender su negocio. Ellas quieren deshacerse de mí para quedarse con todo pero no las voy a dejar, reflexionó.

-¿No es un poco temprano para empezar a tomar? -sostuvo Leo al ingresar a la oficina de su amigo, quien estaba sentado de espaldas a la puerta, mirando por la ventana que daba hacia el mar.

-Tuve otra pésima noche. No pude dormir. Así que no me molestes con tus lecciones morales.

-No se trata de ser moralista, sino de tu salud, que es más que obvio que no está para nada bien. Tendrías que ir a revisarte la cabeza. ¿Siguen los dolores?

-No son dolores, es mucho más que eso. Es como sentir clavos fríos penetrando hasta el fondo de mi mente y perforando cada una de mis ideas. No puedo pensar con claridad, menos dormir.

-¿Ves? No puedes vivir así. ¿Cuánto tiempo más vas a aguantar?

-No lo sé. Pero en este momento no puedo irme ni un segundo de mi casa, de mi negocio ni alejarme de mi hija porque ella se va a quedar con todo.

-¿Ella? ¿Te referís a Dolores, tu esposa?

-Llamala como quieras pero ella no es mi verdadera esposa.

-¡¿Otra vez con lo mismo?! ¡Sacate esa idea loca de la cabeza, por Dios!

-Es que vos no lo entendés. Es una impostora enviada por esa vieja de mierda que es capaz de cualquier cosa. Vos la conociste, sabes lo que hizo el año pasado cuando apareció de la nada y quiso destruir mi matrimonio. Así que no me des el mismo sermón que escucho de mi propia familia.

-Está bien. Está bien. No discutamos porque no quiero que te pongas mal. Pero decime una cosa: si lo que vos estás diciendo es cierto, ¿dónde está la verdadera Dolores?

-¿Te soy sincero? Pensé que vos lo sabrías.

-¿Yo? ¿Y cómo?

-Mirá Leo, a la única conclusión que puedo llegar es que mi mujer murió en el accidente y que nadie me lo quiere decir para que no empeore mi estado de salud ni poner mal a Mili.

-Estás loco, ¿lo sabías?

-Eso es justamente lo que esta impostora quiere: hacerme pasar por loco para que me internen y así quedarse con todo.

-Lola tiene razón. No se puede hablar con vos ¿No te das cuenta de que necesitás ir urgente a ver a un médico que te examine bien el marote?

-Veo que también te convencieron a vos. Pensé que ibas a ser mi único aliado pero me parece que en esta lucha voy a estar yo solo. Son todos contra mí. Está bien, no hay problema. Me la banco.

-Nadie está en contra tuya, salvo vos mismo. ¿No lo ves? Te estás auto saboteando. Yo soy tu amigo desde la infancia y nunca hicimos otra cosa más que ayudarnos el uno al otro. Y ahora es igual, sólo quiero que estés bien, que vuelvas a ser el de siempre. Extraño a ese Martín, todos lo extrañamos.

Leo bajó la mirada y con la cabeza gacha salió de la oficina de su amigo. Frustrado y con sabor a bronca se dirigió a la barra para acomodarse junto a la caja y atender a los últimos proveedores de mercadería.

El salón del restorán estaba vacío ya que los comensales habituales recién comenzaban a llegar después de las 13, cuando la mayoría de los oficinistas salían a almorzar. Fuera de temporada y al mediodía, los clientes eran pocos y ordenaban

comidas rápidas para no perder tiempo en volver a sus lugares de trabajo, generalmente en puestos municipales o bancarios.

El otro fuerte rubro en la economía local, el del comercio minorista, estaba en manos de trabajadores que atendían sus negocios céntricos y aprovechaban para almorzar allí. Había de todo un poco pero predominaban los vendedores de ropa. Así, el primer turno en el *Aqua di Mare* terminaba temprano, aproximadamente a las 15.

En cambio, las noches eran distintas, casi siempre había un evento aunque el movimiento de clientes era mínimo comparado con el verano, cuando se llenaba de todo tipo de visitantes. Desde familias enteras hasta parejas jóvenes sin hijos.

Es más, en esa época del año, los fines de semana, después de la medianoche, la barra del restorán atendía como si fuese un bar y así atraía a los solos y solas que buscaba una diversión previa antes de dirigirse a bailar.

El negocio no siempre había sido así. Había mejorado gracias al gran desarrollo del turismo interno que fue surgiendo de a poco, tras la recesión de 1998 que se prolongó hasta la crisis económica desatada en diciembre de 2001. El primer año y medio posterior a ese *crack* fue difícil porque los precios subieron abruptamente e inversamente proporcional a los salarios de la gente que se quedaba con poco dinero para consumir y así el margen de ganancias de cualquier ramo fue exiguo. Pero de a poco fue mejorando el mercado laboral y las condiciones macro económicas del país, por lo que los turistas aumentaron su poder adquisitivo y volvieron a gastar.

Pero Martín siempre había tenido buen ojo para los negocios y había sobrevivido a tantos colapsos económicos que a veces parecía indestructible. En 20 años se había mantenido al frente del rubro gastronómico ya sea con la panadería, la cafetería o su actual restorán. Tuvo que pasar por la hiperinflación, el “uno a uno”, la recesión y la devaluación. Claro que no resultó ileso pero logró salir adelante cuando pocos lo

creyeron posible. Incluso Leo, a quien los problemas de dinero lo habían dejado maltrecho y obligado a acudir a su amigo de toda la vida.

Martín leía en la pantalla de su computadora una serie de correos electrónicos con consultas por presupuestos cuando Leo entró urgido a la oficina con una hoja de papel blanco y escrita a máquina en su mano derecha que le entregó a su amigo, quien seguía sentado en su silla.

-¿Qué es? -preguntó Martín tomando esa hoja.

-Lo acaba de traer la Policía. Me parece que es una citación por lo del accidente.

Efectivamente, cuando Martín comenzó a leer la hoja tamaño oficio descubrió que lo citaban para dentro de dos días a prestar declaración indagatoria por el delito de “homicidio culposo” en los tribunales de Mar del Plata.

“¡Lo único que me faltaba: que me quieran echar toda la culpa!”, se quejó Martín mientras se levantaba de la silla y apoyaba la citación judicial en el escritorio.

Leo lo miraba sin entender lo que ocurría y al advertir que el mal temperamento de su amigo había aflorado con fuerza sólo atinó a decirle que llamara a su abogado antes de tomar cualquier decisión de la que luego se pudiera arrepentir. Era una situación sumamente seria, en la que no había margen para el error. “Isidro te va a ayudar. Tranquilízate”, dijo Leo y después se retiró de la oficina.

Martín seguía con la mirada fija en la citación judicial y cada tanto golpeaba su puño derecho contra la madera de su escritorio.

Luego de quedarse solo pasó unos instantes en silencio y finalmente se dejó caer otra vez, con todo el peso de su maltrecho cuerpo, sobre la silla. Bebió un sorbo corto de su whisky, cerró los ojos y trató de recordar cómo se había enredado en semejante embrollo.

Tengo que hablar urgente con Isidro. Él va a saber qué tengo que hacer, pensó Martín mientras buscaba en su agenda el teléfono del letrado.

*Isidro Márques* era abogado de Martín desde hacía varios años pero en el rubro laboral, civil y comercial; su especialidad junto a las causas por daños derivadas de accidentes, en su mayoría, de tránsito. Por ello, el letrado también tenía cierta experiencia en algunos aspectos penales de esos casos.

Cuando Martín llamó a Isidro, éste lo regañó por no haberlo contactado antes, apenas había salido del hospital. No eran amigos pero sí mantenían una relación de confianza, por lo que Martín le comentó sobre la citación y su preocupación de sentir que no iba a poder afrontarla en su estado actual; sobre todo porque persistían muchos y grandes baches en su memoria.

“No te hagas ningún problema. A la tardecita pasá por el estudio y lo vemos juntos”, le respondió el abogado con su clásico tono que expresaba suficiencia, a veces, exagerada, pero que, de todos modos, transmitía tranquilidad, algo que Martín necesitaba en ese momento.

Tras la breve charla con el abogado, Martín recobró un poco de serenidad y volcó su mente al trabajo, pero los dolores de cabeza, su situación familiar y ahora legal no le permitían concentrarse con facilidad.

Y en medio de esa trituradora de carne, la angustia por Lola era tan honda que creía que le llegaba hasta los huesos. “Cuántos años juntos y cuántas cosas nos pasaron”, suspiró Martín con su mirada posada en la fotografía de su mujer.

## II

La primavera en Villa Gesell, en especial a mediados de diciembre, es amablemente cálida durante el día pero bastante fresca cuando cae la noche. Martín cruzó la avenida 3 apurado y tiritando. Había estado toda la tarde en la casa de Leo y desde allí partió sin abrigo hacia una fiesta que sus compañeros del quinto año que acaba de terminar de cursar organizaban para celebrar la conclusión de la alborotada secundaria y la inminente llegada del verano ¿No les resulta raro que los chicos de 17 y 18 años festejen el final de esa etapa, una de las más felices de la vida de la mayoría de las personas en la que todo es diversión y nadie asume responsabilidades, en vez de atravesar un proceso de duelo más explícito?

Martín ya había acordado con su amigo encontrarse en la fiesta ya que Leo primero tenía que pasar a buscar a su novia *Carolina Helguera*, por lo que aceleró el paso y tomó por Paseo 104 hacia el mar, del cual soplaban un fuerte viento que le irritaba su rostro y enrojecía su piel lozana.

Faltaban unos 50 metros para llegar a *Sabash*, el principal local nocturno al que concurrían los jóvenes de la villa, cuando decidió correr el tramo final para entrar un poco en calor y, de paso, tratar de llegar lo antes posible ya que, como era su costumbre, estaba retrasado.

“Veo que la fiesta es todo un éxito”, le dijo Martín al encargado de la puerta del boliche, a quien él conocía y que ni siquiera le preguntó si tenía entrada mientras el joven se escurría entre decenas de chicos que agradaban por ingresar.

Martín y Leo eran, como se suele decir, mejores amigos. Compañeros de colegio desde el tercer grado del primario y todo el secundario. Este dúo de “hermanos”, como a ambos les gustaba llamarse, había iniciado a mediados de año junto a varios de sus

compañeros, incluyendo el célebre e infaltable viaje de egresados a Bariloche, una seguidilla de salidas nocturnas por la villa, aunque más allá de *Sabash*, sólo se podía encontrar un ambiente con buena música y mujeres interesantes en el bar *La Jirafa Roja*, ubicado sobre avenida 3, en pleno centro; y en el balneario *Windsurf*.

En esos meses de finales de invierno hasta entrada de la primavera, los chicos se reunían con sus compañeras de colegio, iban a la playa, a bailar, a tomar algo o se juntaban en una casa alrededor de un equipo de audio y a entretenerse con juegos de carta o de mesa. Fue precisamente en uno de esos encuentros, supuestamente inocentes, en los que Leo entabló su noviazgo con Caro.

En Gesell, Martín resultaba interesante para sus compañeras, con varias de cuáles ya había *chapado*. No era virgen porque había debutado con una prostituta, como la mayoría de sus amigos, y al igual que todos ellos, siempre buscaba más sexo y, de ser posible, gratis. Sin embargo, el joven iba un poco más allá y hasta desechaba a las “candidatas” cuando creía que no había una relación futura posible.

Si desde un principio no funciona, no tiene sentido seguir perdiendo el tiempo, pensaba Martín cada vez que se enfrentaba a la decisión de terminar con alguna chica. El problema de creer en la mujer “ideal” es que, tarde o temprano, se vuelve “real”.

Martín dio varias vueltas entre las escalinatas irregulares y arcadas oscuras donde las parejas se refugiaban de la luz delatora que colgaban del cielo raso del local. El boliche era una casona de dos pisos que primero había sido un antro destinado a grupos de jóvenes que se reunían casi secretamente para dedicarse a las artes, como la música, el teatro, la danza y la pintura.

En las últimas temporadas, el lugar había sido rediseñado y dejado de ser esa especie de centro cultural escondido de las autoridades para pasar a ser un boliche con dos pistas de pisos de parqué en la planta baja y una arriba rodeada de unos juegos de



sillones de cuerina blanca que contrastaban con el marrón oscuro de la madera de pino que revestía todas las paredes. Cuando las luces estaban bajas, el lugar tomaba un aspecto de cueva, como una versión de aquel mítico santuario para los grupos de chicos que buscaban alejarse de las persecuciones políticas de la Capital Federal y el Gran Buenos Aires.

*Sabash* no sólo atraía a los jóvenes por su aspecto innovador y porque se trataba de uno de los pocos reductos para bailar música prácticamente inédita en el país, sino también por su estratégica ubicación a menos de 50 metros de la playa, obligatorio destino para antes y después de pasar por las pistas de baile.

Martín recorrió con esfuerzo el interior de la casona hasta que, luego de varias vueltas, volvió hasta la barra principal donde se encontró con Leo, la novia de éste y varios de sus compañeros.

-Por fin te encuentro amigo -le dijo a Leo mientras le daba el enésimo abrazo del día.

-Nunca pensé que iba a haber tanta gente. Es más, cuando vi toda esta multitud casi nos vamos sin entrar. Es un lío bárbaro.

-¡Jajá! Es que el fin de año provoca estas cosas, Leo. Todos se desesperan por la llegada del verano y quieren salir a festejar, como vos. Además, es sábado a la noche. ¿Qué esperabas?

Leo y Caro comenzaron a reír y tras una breve pausa la joven cambió drásticamente el tema de conversación.

-Martín, me parece que mi amiga Daniela te está buscado para hablar. ¿Por qué no la invitaste a salir más? Pensé que las cosas entre los dos iban bien.

-Sí, todo bien. Salimos un par de veces. Vos lo sabés.

-¿Y qué pasó, entonces?

-Y nada. Quedó ahí.

-No te gustó, ¿es eso?

-No, no. Dani es divina pero...

-¿Pero, qué?

-Mirá Caro, es difícil que lo entiendas. Digamos que no creo que yo sea el tipo de hombre que ella quiere y viceversa.

-Si estás seguro de eso, entonces déjlo ahí. Que cada uno haga la suya sin molestar al otro.

-Tal cual.

-Pero, ¿sabés qué pasa? Con esa mentalidad te vas a quedar solo, Martín. La verdad que no te entiendo, siempre salís con diferentes chicas y ninguna parece gustarte lo suficiente para tener una relación algo más seria y duradera.

-Créame chicos cuando les digo que lo intento con cada una que conozco y después salgo. Pero ni siquiera yo sé bien por qué pierdo el interés tan rápido. Sólo siento que falta algo y que la otra persona no me lo va a poder dar. Y cuando se me mete esa idea en la cabeza ya no hay vuelta atrás.

Martín tenía un raro éxito con las mujeres. No era un hombre muy atractivo, en el sentido convencional: medía 1,70 metros, ojos marrones y achinados, pelo castaño claro y largo hasta el cuello y una nariz larga y encorvada que era lo más visible de su rostro pequeño y anguloso de tez blanca. Era un joven extrovertido, que se mostraba siempre alegre, bromista, divertido y predispuesto a participar de cualquier plan festivo y eso siempre interesaba al sexo opuesto.

Hay que preocuparse cuando no se ríe, porque eso quiere decir que se está aburriendo, se decía Martín cada vez que charlaba con alguna chica que le interesaba.

Esa noche su mirada se había posado sobre aquella morocha de ojos color miel que bailaba sonriente con otro grupo de chicas a las que conocía del colegio y de la villa. En un primer momento, al verla a la distancia y entre los claroscuros, no se acordó de su nombre y esforzó su memoria porque su rostro le resultaba familiar. Dudó unos minutos y avanzó. Le atraía el cuerpo armonioso de aquella muchacha, por lo que caminó hacia a ella moviéndose al ritmo de la música. Recorrió rápidamente los metros que los separaban, se paró de frente, sonrió y le preguntó si quería bailar con él. Y ella aceptó.

-¿Cómo estas Martín? Hace tiempo que no nos veíamos -disparó la joven al tiempo que él, sorprendido, guardó silencio-. ¿No te acordás? La semana pasada fuimos a una cabalgata con mi hermana Belén, vos y tus compañeros.

-Sí, sí. Cómo no voy a acordar de vos -disimuló-. La pasamos re bien, ¿o no? ¿Vos cómo estás?

-Dolores.

-¿Cómo? -repreguntó él acercando su oído, algo aturdido por el volumen de la música, a la boca de ella

-Que me llamo Dolores.

-Sí, ya sé -indicó el joven riéndose, un poco por vergüenza ya que ella se había dado cuenta de que él seguía con dudas.

*Belén Aqua* tenía un año mayor que su hermana Dolores y ambas iban al colegio *Vives*, mientras Martín concurría al *Botger*. Belén estaba de novia con Javier, un compañero Martín aunque estos dos chicos no se llevaban muy bien porque siempre se enfrentaba en los torneos de fútbol de la costa en los que sus respectivos equipos eran históricos rivales. Sin embargo, Javier conocía bien a Leo ya que las novias de ambos

eran amigas del mismo quinto año y en el último tiempo habían salido de a cuatro en varias oportunidades.

La semana anterior a la fiesta, Leo, Caro, Javier y Belén habían organizado una cabalgata por la playa junto a otros compañeros del cuarto y quinto año del *Vives* y del *Botger*, entre ellos, Dolores y Martín.

Más de veinte jóvenes cabalgando a la sombra del pinar, por una cálida arena y bajo un ameno sol primaveral fue la ocasión ideal para que “Lola” y “Tincho” cruzaran sus primeras miradas.

En aquella ocasión, a Martín le resultó muy interesante y atractivo que Dolores asistiera a otra escuela, que no fuera de salir mucho de noche o ir a los “asaltos” y que tampoco frecuentara los mismos grupos y lugares que él. Era algo distinto del resto de las chicas que había conocido últimamente.

Pero en esa cabalgata no cruzaron más que unas palabras, frases indirectas; lo que a ella le resultó suficiente para luego averiguar de quién se trataba ese chico que parecía agradaarle a todos los que lo trataban.

Después de bailar un par de canciones y de charlar un poco, Martín invitó a Dolores a tomar algo a una barra apartada de la pista principal donde la joven se lució en su parte del diálogo con un tono risueño y palabras claras, una sencillez que a él lo sedujo de inmediato.

El primer vaso de cerveza sirvió para romper el hielo definitivamente y el segundo resultó ser la excusa perfecta para ir a terminar el trago durante un paseo por la playa, a la luz de una luna que empezaba a asomar con una fuerza radiante detrás del irregular contorno de las nubes.

Martín y Dolores caminaron hasta justo antes de mojar sus pies en la espuma de las olas que rompían en la orilla y donde él la abrazó para apaciguar un poco el frío, pero con la clara intención de besarla.

-Mirá Martín, vos me gustás pero yo no hago estas cosas habitualmente. Soy un poco tímida y prefiero ir un poco más despacio, ¿me entendés?

-Claro que te entiendo y lo respeto. Lo que menos quiero es hacerte sentir mal o ponerte incómoda.

-Además, en un mes terminás la escuela y sé que te vas a ir a estudiar a *La Plata*, mientras yo me voy a quedar acá. Y no quiero comprometerte y menos esperarte como una tarada.

-Dolores, vos también me gustas y mucho. Y mi intención no es sólo pasarla bien esta noche y nada más -Martín no titubeaba y preparaba un discurso convincente-. Es verdad que me voy a ir los primeros días de diciembre a buscar un lugar donde hospedarme mientras voy a la Facultad. Pero vuelvo para las Fiestas y después me quedo a trabajar toda la temporada para ahorrar más plata y así poder vivir el resto de año allá. Así que vamos a tener todo el verano para estar juntos y probar, si vos querés.

-No me digas todo esto sólo para convencerme de que no se trata de una sola noche y que no vas a desaparecer después de que consigas lo que estás buscando en este preciso momento.

-No te voy a mentir porque nunca lo hago con nadie ni por nada: me muero de ganas por besarte acá, ahora. Pero si vos no querés, está todo bien. Podemos volver a salir otro día, los dos solos y hacer algo más tranquilo.

-No me chamuyes. Si me acabás de decir que te vas.

-Mirá, yo no sé cómo puede llegar a resultar todo esto, pero te prometo una sola cosa: más allá de lo que pase esta noche, el veinticuatro voy a estar en la villa para desearte una feliz Nochebuena.

Dolores calló, dibujó una mueca pensativa y luego una sonrisa. Lo miró a Martín directo a los ojos mientras él le corría suavemente el cabello del rostro hasta que finalmente la besó.

Los besos y los abrazos se prolongaron hasta que ella decidió dar por terminado aquel encuentro en el que le aclaró al joven que no iba a pasar más que eso, ya que nunca antes había tenido novio y ni siquiera había mantenido relaciones sexuales con ningún hombre.

La virginidad e inexperiencia de Dolores no significaban un problema para Martín, quien luego de “apretar” se sentó junto a ella en la arena, frente al mar, mientras en su mano derecha jugueteaba con la entrada al boliche que rezaba: “Fiesta de fin de año. Clase 84“. La joven lo abrazó, tomó aquel juguete improvisado de cartón y lo cortó en dos. Sacó de su cartera una lapicera y en uno de los pedazos escribió su nombre, la dirección de su casa y el número de teléfono de la panadería de su padre, y se lo entregó.

Martín miró esa mitad de entrada y la guardó de inmediato. Luego, tomó de la mano de ella la otra mitad y la lapicera y anotó su nombre y dirección. “No llegó el teléfono a casa todavía”, dijo él en tono de broma, aunque era una triste realidad. “Te anoto el número del mi vecina, la almacenera, por las dudas”, agregó el joven, quien al terminar de escribir le entregó el trozo de cartón garabateado.

“Cuando nos veamos para las fiestas, cada uno va a llevar este trozo de papel como una promesa”, dijo Dolores y después comenzó a alejarse por la playa de regreso

hacia al boliche donde la esperaban sus amigas que finalmente la acompañarían hasta su casa al concluir aquella velada.

Martín la vio caminar con el paso trabado por la arena húmeda que junto a la luz de la luna había formado una especie de alfombra dorada que unía la oscuridad del horizonte con el brillo del neón de la calle. Sabía que ella no bromeaba ni exageraba, que si en la Nochebuena no la llamaba lo arruinaría todo y se quedaría con la duda cruel de saber qué podría haber pasado entre los dos. Miró una vez más el cartón escrito por ella y lo volvió a guardar en el bolsillo de su pantalón de jean, y se regresó directo a su casa sin pasar de nuevo por la fiesta.

Martín dejó caer su cabeza en la tibia almohada de su cama y se cubrió con la frazada, pero tardó en conciliar el sueño ya que no sólo pensaba en Dolores sino en que últimamente padecía de una exagerada ansiedad, producto de su inminente viaje a La Plata para comenzar una nueva etapa en su vida, repleta de interrogantes que le infundían cierto temor.

Por un lado, el joven quería intentar dedicarse a las letras. Nunca había sido un buen alumno de lengua y literatura en la escuela pero le gustaba mucho leer, en especial los libros sobre historia política de su padre, *Augusto Mare*, principal promotor de que estudiara esa carrera. Y por el otro desconfiaba que aquella profesión le pudiese dar en un futuro el dinero suficiente que le había faltado durante su infancia y adolescencia, y que añoraba para él y la familia que pretendía formar algún día. Es que de tanto escuchar a su papá había aprendido que las ideologías siempre resultaban interesantes para hablar y discutir sobre ellas, pero muy distinta era la situación cuando había que trabajar diariamente con construcciones intelectuales que alimentaban más la mente que el estómago.

Además, el joven había sido residente del conurbano bonaerense pero tanto tiempo atrás que aquello era ahora un vago recuerdo, por lo que ya que no lo extrañaba en absoluto. Por el contrario, el deseo de no querer abandonar la villa en la que había vivido sus mejores años seguía alimentando sus instintos más profundos.

Sin embargo, cuando el lunes partió a la capital bonaerense se sintió excitado por el paso que estaba por dar y dejó de lado la nostalgia producida por su alejamiento de su querida villa y su gente ya que en el fondo lo tranquilizaba la idea de saber que iba a regresar muy pronto.

Aquellos sentimientos encontrados eran de esperar en casos como los de Martín, quien había cumplido hacía pocos días los 18 años, nueve de los cuáles los había vivido sólo junto a su padre y su madre, *Rita Bertolucci*.

Su hermana ocho años mayor, Clara, nunca había residido en Gesell porque cuando sus padres decidieron mudarse allí desde *Quilmes*, ella no quiso abandonar a sus amigas del secundario ni a su novio, por lo que se quedó en la casa de una tía materna en esa localidad del sur del conurbano, donde luego de terminar el colegio, se casó y comenzó a vivir con su pareja.

En aquel entonces, esa decisión había generado un gran revuelo en el seno familiar. Augusto puso el grito en el cielo porque su hija era apenas una adolescente. Sin embargo, Rita lo convenció de que lo aceptara. Además, Clara era la preferida de su padre y, tarde o temprano, siempre lo compraba y lo metía en su bolsillo.

De esa manera, Martín vivió el final de su niñez y toda su adolescencia como una especie de hijo único, lo que lo llevó a pasar más tiempo fuera de su hogar, con sus amigos, jugando a la pelota, andando en bicicleta y disfrutando de las olas. En su casa se aburría porque su papá trabajaba casi todo el día y su mamá se la pasaba ocupada con



los quehaceres domésticos, aunque ambos siempre trataban de hacerse la mayor compañía posible.

Pero en ese estilo de vida relajado que intentaba disfrutar, el joven se enfrentaba constantemente con la tensión de su padre, quien diariamente y hasta el cansancio predicaba un discurso basado en el esfuerzo y la lucha permanente para afrontar las injusticias del mundo como única vía de salir adelante.

Augusto era un hombre de pocas palabras, callado, serio y, por ende, poco demostrativo. Se regía por esa delgada línea que divide lo supuestamente correcto con lo prejuiciosamente malo. Y esa mentalidad obsesiva y disciplinada la transmitía al resto de su familia.

Su esposa Rita toleraba en silencio la inaccesibilidad emocional de su marido pero su hija tuvo menos paciencia y, en cuanto pudo, optó por otro tipo de vida, no sé si más feliz, pero sí diferente. En cambio, Martín no tuvo otra opción y se vio forzado a convertirse con el tiempo en el único mediador entre su padre y su madre para que ninguna de las habituales discusiones desembocase en batallas de una guerra sin sentido.

Para llevarse bien con Augusto había que entender su fundamentalismo y su permanente visión de que las cosas eran blancas o negras. Y no por casualidad, las primeras coincidían con sus ideas y las otras no.

Se trataba de un simple campesino del sur de *Italia* que había llegado a la Argentina en 1949, escapando de las secuelas de la Segunda Guerra Mundial y que en su nuevo lugar de residencia se convirtió en un obrero urbano en una fábrica de vidrio.

Más allá de sus tareas manuales, Augusto creía en que el conocimiento y la instrucción a través de los libros era la mejor forma de progresar en la vida y promovía

esa visión en sus reuniones con sus rústicos compañeros de trabajo, por entonces, más volcados al anarcosindicalismo.

No era el ideal de lucha que él prefería, pero junto a otros inmigrantes del gremio había estado presente, con su carabina en mano, en el bombardeo a la Plaza de Mayo cometido en 1955 por los militares de la denominada “Revolución Libertadora” que derrocó al general Juan Domingo Perón. En esa oportunidad, Augusto, quien había ido a defender al presidente, salvó su vida de milagro y por ello, sumado a la violencia paramilitar y guerrillera que se desató luego a principios de los 70’, decidió finalmente radicarse en Gesell para criar a sus hijos y cuidar de su mujer en un sitio más seguro y pacífico.

El hombre se propuso mejorar la calidad de vida de él y su familia, y encontró en aquella villa fundada por alemanes un sitio en plena expansión, con el mayor índice de crecimiento urbano del país y en el cuál obtener un terreno para construir una propiedad era accesible.

-Cuidate mucho. Ahora volvimos a estar en Democracia después de muchos años y los militares ya se fueron, pero allá sigue siendo un lugar peligroso.

-Hace tiempo que se cuidarme solo papá. Vos mejor preocupate por cuidar a mamá.

Martín miró a su padre a los ojos con firmeza, única forma de no sucumbir ante la terquedad de aquel hombre, tomó su valija y abordó el micro que lo llevaría a La Plata. No se abrazaron, sólo se estrecharon las manos e intercambiaron un simple y seco saludo.

### III

El intenso aroma desprendido de las interminables hileras de tilos que adornaban las anchas veredas platenses de baldosas de cemento no alcanzaba a atenuar la excitación de Martín. La semana previa a las fiestas de diciembre era como un período de vacaciones para el chico geselino que no tuvo problemas para inscribirse a la Facultad y conseguir una habitación en una pensión para el resto del año de cursada.

El joven tenía ahorrado un dinero que había cobrado por sus últimos trabajos de temporada de verano en comercios de la villa y con ello calculaba poder absorber los costos de los primeros meses de la pensión y de los libros de estudio.

De todos modos, su intención era conseguir un nuevo empleo para poder tener una estadía un poco más holgada, no para darse lujos sino para evitar definitivamente tener que pedir prestado a su padre.

La idea inicial apuntaba a obtener un trabajo en Gesell para enero ya que recién el 8 de febrero comenzaba el curso de ingreso. Sin embargo, su nueva ciudad le había causado una muy buena impresión y decidió probar su suerte laborar allí, lo que, en definitiva, le resultaba mucho más práctico el hecho de tener un puesto fijo para todo el año en un mismo lugar.

La pensión, ubicada en calle 116 entre 1 y 2, era una típica *casa chorizo* cuyo exterior daba lástima por su imagen descuidada y arruinada por el paso del tiempo, aunque por dentro las habitaciones estaban en buen estado y resultaban cómodas, además de suficientemente privadas.

El dueño se llamaba *Luis Torrado*, un viejo español que se había radicado en La Plata a fines de los 30' con su joven esposa y escapando del terror del franquismo.

Luego, a poco de instalarse en el país, la señora murió al dar a luz a su hijo, también fallecido durante el parto.

Sin su familia, Torrado se quedó solo con una enorme casa a la que había soñado repleta de hijos y nietos pero había quedado completamente vacía. Entonces decidió alquilar sus habitaciones para tener compañía (más una interesante entrada económica) y así fue que durante décadas sus clientes fueron los estudiantes universitarios.

-Disculpe señor Torrado, ¿usted no sabría de algún comercio que busque un empleado para todo el año?

-Conozco a un tío que tiene un restorán aquí cerca y últimamente tiene mucho trabajo para hacer y poca ayuda. ¿Por qué no lo va a ver de mi parte y le pregunta si tiene algún puesto disponible?

-Pero yo no sé nada de restoranes.

-Me está tomando el pelo, ¿verdad? -el viejo miró al chico fulminándolo con sus ojos unidos por una sola, ancha, negra y tupida ceja-. No hace falta que sepa nada mientras tenga ganas de trabajar. Todo se puede aprender. Vaya, vaya, por favor.

Martín agradeció la gestión y enseguida salió de la pensión repitiéndose mentalmente el nombre y la dirección del local, y el nombre del comerciante: “La Fonda de López, 1 y 38, frente a las vías, Juan Carlos López”.

El restorán era una construcción clásica y en perfecto estado. Un frente angosto, con largos ventanales con marcos de madera que ocupaban casi toda la longitud de las paredes revocadas con cemento natural y una puerta también de pino y vidriada, de dos hojas, casi igual de largas.

El pequeño frente del comercio engañaba la visión de los visitantes ya que apenas traspasado el umbral se abría un amplio salón irregular, con pisos de mosaico marrones que combinaban con los tonos del mobiliario y, en especial, de la barra,

adornada con una *chopera* justo en el medio, cuyo metales dorados y plateados se reflejaban en un espejo colocado contra la pared.

Junto a la caja registradora estaba *Don López*, otro gallego de baja estatura, fornido, de pelo corto, enrulado y morocho que parecía trasladarse por el resto del rostro cubierto a través de una tupida barba negra.

-¿Señor López?

-Sí, ¿qué desea joven?

-Soy Martín Mare, un huésped del señor Torrado, quien me dijo que usted podría darme un trabajo.

-Ajá. Mire, señor Mare, hace más de treinta años que soy el dueño de este lugar y mi amigo Luis siempre ha creído que necesito ayuda. Pero no es así, mis hijos y mi mujer trabajan conmigo, así como mis sobrinos. Todo queda en familia y nos arreglamos muy bien para llevar adelante el negocio.

-Se nota que le ha ido muy bien -asintió Martín dando un vistazo a su alrededor.

-Gracias. ¿Y sabe por qué le va bien a mi familia?

Martín pensó en decir algo rápido para seguirle la corriente pero instantes después entendió que se trataba de una pregunta retórica y capciosa, por lo que optó por un silencio respetuoso.

-Porque supimos aprovechar nuestras oportunidades -indicó el gallego agitando en el aire su dedo índice.

-Entiendo.

-Y también creo que hay que ser agradecido de las oportunidades que uno recibe a lo largo de la vida y devolver esas gentilezas del destino. ¿No le parece justo?

-Claro que sí.

-Entonces, ¿cree joven que usted se merece que yo le dé la oportunidad de recibir algunas de mis gentilezas?

-Señor, admito que no tengo experiencia en trabajo de restorán pero sí he tenido otros empleos de atención al público. Sé cómo manejarme con la gente y no le escapo al esfuerzo. Así que si decide darme un puesto en este lugar le aseguro que haré todo lo que pueda para no defraudarlo.

Don López miró fijo a Martín y se dio cuenta de que el joven hablaba en serio. En sus ojos había determinación y deseos de aprender, por lo que el comerciante español decidió darle una chance, pero con una condición no negociable para poner a prueba sus verdaderas intenciones.

-Joven, si usted quiere trabajar aquí tendrá que hacerlo desde hoy mismo y durante todo el verano, por más que le hayan dicho que es la temporada menos ocupada del año ya que la mayoría de la gente se va de vacaciones y los estudiantes regresan a sus pueblos. ¿Usted de dónde es?

-Soy de Villa Gesell.

-Ah sí, lo conozco de nombre. Un balneario chiquito cerca de Mar del Plata, ¿verdad?

-Bueno, sí, aunque no es tan chico. El año pasado fue declarado partido.

-Ajá, un gran logro.

Martín calló y miró serio a aquel gallego de tono solemne e idéntico gesto facial. Trató de no mostrar su disgusto por lo que le acababa de decir de su villa. ¡Estos porteños!, pensó el joven al recordar cómo se veía desde los ojos geselinos a los que vivían no sólo en la Capital Federal sino también en el Gran Buenos Aires.

-Es una broma joven. Me han dicho que es un lugar muy bello y que está creciendo mucho. Ahora, ¿qué está haciendo en esta ciudad?

-Estoy buscando un trabajo permanente mientras voy a la Universidad. Pero pensé que podría empezar en febrero porque en enero suelo trabajar allá, donde hay mucho movimiento turístico. De todos modos, si usted me ofrece un puesto para todo el año lo acepto desde este preciso momento.

-De acuerdo, esta semana será su entrenamiento y si le va bien, el dos de enero empieza formalmente.

La oferta económica también sedujo a Martín y luego de ultimar días y horarios, *Manuel*, el hijo menor de Don López, le dio las primeras indicaciones sobre su trabajo que consistía en un poco de todo: atender las mesas, limpieza en general y hasta servir detrás de la barra.

Martín estaba tan entusiasmado con su nuevo trabajo que la mañana del 24 de diciembre casi perdió el micro de regreso a Villa Gesell para ir a pasar la Nochebuena. La idea de poder independizarse económicamente de su padre lo reconfortaba pero, por el otro lado, sabía que iba a extrañar no pasar un enero en la playa. En especial, porque se trataba de su último año de adolescencia pura junto a sus amigos.

El joven se recostó sobre el asiento que daba al pasillo del colectivo y en ese momento lo invadió una fuerte ansiedad por llegar a la villa lo antes posible. Pensaba principalmente en Dolores y en su deseo por verla de nuevo.

Llegó a su casa en medio de un caluroso atardecer. Su hermana ya estaba allí junto a su marido *Juan Carlos* y ultimando con sus padres los detalles de la cena, mientras que su sobrina *Mercedes*, la pequeña hija del matrimonio, jugaba en el piso con sus chiches desparramados sobre una manta, tal como lo había hecho Clara de niña.

El joven no experimentaba demasiado entusiasmo por compartir las Fiestas con su familia ya que, a diferencia de otras celebraciones especiales como los cumpleaños,

eran pocos los presentes. Así cada encuentro navideño transcurría sin mayores novedades y se reducían a charlar de los mismos temas de siempre que ponían de manifiesto los habituales problemas de convivencia. Sin embargo, estar en su casa le brindaba una paz que lo conectaba directamente con su esencia, en sintonía con la villa.

Su hogar era modesto: un típico chalet de tejas, con paredes de ladrillos a la vista, muebles de madera y pequeños jardines al frente y al fondo, éste último equipado con una parrilla para asar. Tres pinos en hilera cubrían la entrada, otros dos adornaban el jardín posterior y un angosto camino de laja unía la puerta de ingreso con la arena de la calle. Un bajo paredón blanco separaba el inmueble de un terreno baldío lindero en el que durante su infancia había pasado horas y horas jugando a la pelota y trepando a los árboles. Por dentro, la casa tenía una cocina y un living comedor separados por una chimenea y que daban a la calle; y dos habitaciones en la parte de atrás: la de sus padres y la propia, en la que había creado su propio mundo al que a pocas personas les permitía conocer.

Antes de que se hiciera de noche Martín salió de su casa y caminó hasta el mercado ubicado a la vuelta de la esquina para ir llamar a Leo, quien a esa hora todavía debía estar trabajando en la juguetería de sus padres que funcionaba en el frente de la casa donde vivía toda la familia.

Por suerte, nadie en el almacén estaba ocupando el teléfono, por lo que compró unos cospeles y llamó sin perder tiempo.

Efectivamente, su amigo se encontraba ocupado, por lo que la hizo corta: lo invitó a Martín a pasar a brindar por su casa después de la medianoche ya que varios compañeros ya tenían planeado encontrarse allí.

La invitación le vino bárbaro a Martín, a quien no le agradaba la idea de quedarse a celebrar la Navidad con sus padres y su hermana ni salir a una fiesta en



algún local nocturno de la villa porque dichos lugares solían desbordarse de turistas que iban a pasar el fin de año como un preámbulo de sus vacaciones de verano.

¿Por qué no la llamo a Dolores? Quizás quiera ir a lo de Leo, pensó Martín al tiempo que extraía del bolsillo trasero de su jean gastado su billetera en la que guardaba el número de teléfono que le había dado la joven aquella madrugada en la playa, durante la fiesta en *Sabash*.

-Panadería. Buenas tardes -respondió una mujer del otro lado del teléfono y que el joven asumió, por su tono, que se trataba de alguien adulto, probablemente la madre de Lola.

-Buenas tardes, ¿se encuentra Dolores?

-Sí, está. ¿De parte de quién?

-De parte de Martín, un amigo... Ah y ¡felicidades!

-Gracias, igualmente. Un momento, por favor.

Cuando Dolores tomó el tubo del teléfono su voz ya se entrecortaba de la emoción. Es que pensaba, fiel a su realismo pesimista, que Martín no la iba a llamar tal como se lo había prometido antes de besarla. De hecho, esa madrugada ella regresó a su casa sintiéndose una tonta ingenua.

-Pensabas que no te iba a llamar, ¿no?

-Jajá, sí. Lo admito. Pero ésta es una muy linda sorpresa. Me alegra mucho escucharte. ¿Cómo te fue en La Plata?

En ese momento Martín pensó que no era lo ideal que le contara los detalles de su paso por la capital bonaerense y los arreglos que había hecho allá para el resto del verano.

-Todo bien, por suerte. Después te cuento.

-¡Qué bueno!

-En realidad te llamaba para saber cómo estabas, desearte una feliz Nochebuena y también para saber si tenías pensado salir después de las doce.

-Vinieron unos amigos de mis viejos desde Mar del Plata que no se veían hace mucho tiempo, así que creo que me voy a quedar en casa. Además, a mi papá no le gusta mucho que salga en noches como estas.

-¡Qué lástima! Nosotros, los chicos, nos vamos a juntar en lo de Leo. Si cambiás de opinión podemos ir juntos, sino, nos vemos mañana, ¿te parece?

-Me encantaría pero mañana nos vamos a Mardel a pasar el día. En la semana no tengo problemas y, si querés, arreglamos para entonces.

-Sí, dale. En la semana te llamo y vamos a la playa, o a tomar algo a la noche.

-Quedamos así, entonces.

-¡Felicidades! Te mando un beso grande.

-Igualmente. Besos.

Martín cortó el teléfono quedándose con cierto malestar. “Ya empezamos mal”, se dijo aunque luego comprendió que nada bueno le iba a ocurrir en los pocos días que le quedaban para disfrutar de la villa si no controlaba su ansiedad y aprendía a ser paciente.

La Nochebuena en la casa de la familia Mare se desarrolló como Martín lo había sospechado desde un principio: en medio de charlas aburridas, discusiones sobre antiguas cuestiones nunca resueltas por miedo o comodidad y mucha comida, como no podía faltar en una típica familia de origen italiano. Sólo los berrinches de Mechi, de tanto en tanto, rompieron la monotonía.

Poco después de la medianoche, Martín se dirigió a la casa de Leo donde se encontró con otros compañeros. Entre trago y trago, charlaron, escucharon música y se divirtieron hasta casi el amanecer.

-¿Hablaste con Dolores? -preguntó Leo a su amigo mientras se acomodaba en una reposera extendida sobre el grueso pasto recién cortado del jardín de su vivienda ubicada a metros del bulevar.

-Sí, la llamé hoy y la invité para que viniera pero me dijo que no podía. También la invité para vernos mañana pero tampoco puede porque se va a Mar del Plata. Así que dijimos de salir en la semana. Veremos.

-Tranquilo, Caro me dijo que le gustas en serio. Lo que pasa es que tenés que entender que es una chica que no sale mucho, que no tuvo nunca un novio y que le resulta difícil decir que sí o soltarse.

-Tenés razón. Me parece que usó lo de pasar las Fiestas en familia como una excusa. Pero bueno, ojalá todo fuese un poco más sencillo, ¿no? A mí también me gusta Dolores pero no tengo mucho tiempo para esperar a que ella se sienta cómoda o descubra qué es lo que realmente quiere hacer. Yo tampoco tengo claro qué va a pasar con ella y no le doy tantas vueltas al asunto. ¿Entendés? Prefiero descubrirlo sobre la marcha.

Martín se dejó caer en la reposera colocada al lado de la de su amigo, tomó un sorbo de cerveza fría y admiró como la luna jugaba a las escondidas en medio de la oscuridad provocada por la presencia amenazante de unas nubes de tormenta que se iban agigantando a medida que cruzaban el cielo.

-Va a llover -sentenció Martín y bebió otro trago.

El domingo de Navidad comenzó para Martín ya entrada la tarde, cuando la lluvia golpeaba con fuerza contra el vidrio de la ventana. Abrió los ojos y vio todo gris. Hacía mucho calor, así que decidió quedarse tirado en la cama con su cuerpo prácticamente desnudo, solo cubierto por la ropa interior, y dejó pasar un largo rato con

la vana esperanza de que el dolor de cabeza de la resaca pasara rápidamente, como un rayo. Mientras tanto, cada trueno de la tormenta lo estremecía y le recordaba que aquel deseo era, de momento, inalcanzable.

Desde la cama, y como un programa de radio a bajo volumen, el joven escuchaba las voces de su hermana y su madre que charlaban en la cocina, mate de por medio, y a su cuñado jugando con su sobrina en el living comedor. A su padre no lo alcanzaba a oír por más que esfuerzo que hiciese, por lo que supuso que se encontraba en su habitación leyendo en su silla preferida junto a la repisa repleta de libros.

Con sumo desgano se reincorporó y miró la hora en el reloj que había dejado en la mesa de luz. “¡Uh! Las cinco y media. Este día ya está perdido”, dijo en voz baja y se cambió el calzoncillo por una malla.

En silencio caminó hasta la cocina que había quedado desierta y en el trayecto saludó a su hermana, madre, cuñado y sobrina, quienes ahora estaban ubicados en los sillones del living. Se sentó en la mesa vacía junto a la ventana frente a la heladera y se sirvió un mate mientras pensaba qué hacer en las pocas horas del día que le quedaban disponibles. “Sigue lloviendo, así que no hay playa. Una lástima porque hace mucho calor”, se lamentó y después se llevó a la boca un pequeño trozo de budín.

La abulia de Martín se esfumó minutos después de las 18, cuando *Verónica*, la hija de la dueña del mercado de la vuelta, lo fue a buscar porque tenía una llamada desde La Plata. Era Don López, a quien el joven le había dado el número del almacén para que lo contactara en caso de emergencia.

Corrió los 50 metros que lo separaban del local y recogió el tubo de inmediato pero la comunicación ya se había cortado. “Dijeron que te llamaban en cinco minutos”, le explicó la madre de Verónica, por lo que Martín esperó impaciente. A los cinco minutos exactos volvió a sonar el teléfono y él atendió.

-¿Sí? Habla Martín.

-Joven, soy López. Necesito que mañana mismo venga para acá y empiece a trabajar.

-Pero, ¿no habíamos arreglo en que empezaba el dos de enero? -preguntó Martín confundido.

-Sí, sí. Ése había sido nuestro acuerdo pero ahora hay otro. Hubo algunos cambios forzados. Mi hijo mayor se va a España a trabajar con su tío así que me dejó solo con Manuel, por lo que necesito a una persona más. Pero quédese tranquilo que estos días se los voy pagar.

Martín miró a su alrededor buscando una palabra o mirada que sirviese de consejo o respuesta pero estaba solo, lejos de sus familiares y amigos. Hizo una pausa y pensó: voy por esta semana y en Año Nuevo estoy de nuevo acá, así todos quedamos conformes.

-Está bien Don López. Mañana estoy por allá pero el fin de semana que viene me vuelvo a Gesell hasta el dos de enero.

-De acuerdo. Hasta mañana.

Martín cortó la comunicación y regresó a su casa donde de inmediato preparó el bolso y le pidió a su padre que lo acompañara hasta la terminal de micros para averiguar si había algún lugar disponible en los últimos viajes de la noche.

El joven se despidió del resto de su familia brindando una breve explicación sobre su imprevista partida y se retiró junto a su padre, quien no indagó demasiado sobre los motivos de su cambio de planes. “Espero que sepas lo que estás haciendo”, le dijo Augusto, contrariado.

Pero Martín no le respondió en el momento porque sabía que se iba generar una discusión inútil. Además, creía saber lo que estaba haciendo, a pesar de sus dudas y temores.

Si no pruebo ahora, nunca voy a saber si estaba equivocado o no, se dijo mientras observaba a Augusto repetir su hábito de quedarse parado sobre la plataforma, a un costado del micro y mirando hacia la ventanilla junto a la que el joven se encontraba sentado, al tiempo que el vehículo comenzaba su lenta marcha hacia atrás para salir de la terminal y seguidamente tomar la avenida principal que de lo llevaría hasta la ruta.

Apenas el micro alcanzó una recta y aumentó la velocidad, Martín apoyó la cabeza contra el vidrio para apreciar mejor los médanos verdes y pinares ubicados a la vera del camino y que tantas veces antes había contemplado pero que ahora parecían tener un valor especial, como el de un recuerdo del pasado más que una realidad del presente. En ese momento de melancolía recordó a Dolores y se inquietó al darse cuenta de que no iba a poder cumplir con la invitación que le había hecho. No le va a gustar, pero no creo que se enoje. Me va a entender, pensó el chico y finalmente cerró los ojos en busca del sueño perdido durante el día.

#### IV

El trabajo en la fonda de Don López no le resultó a Martín tan sencillo como él esperaba. El joven recordaba las palabras del gallego cuando le advirtió que no confiara en que durante el verano platense el restorán no recibía tantos clientes como en el resto del año, cuando no había vacaciones y las universidades estaban llenas de personas oriundas de todas partes de la provincia.

Sus tareas comenzaban desde poco antes del mediodía cuando llegaba al local y preparaba las mesas del salón principal. A esa altura, Don López ya se había encargado en persona de recibir bien temprano a los proveedores. El dueño trataba cara a cara a los distribuidores con los que generalmente discutía por algún producto en mal estado o un precio que consideraba injusto. Cuando se sucedían estas discusiones, siempre intercedía Manuel, quien, ante la ausencia de su hermano, ahora tenía que llevar adelante la contabilidad del restorán.

Los mediodías eran las horas más ocupadas de la jornada y entre la clientela habitual había mucha gente que llegaba de distintos lugares de la ciudad porque La Plata, al igual que la Capital Federal, concentraba una gran cantidad de edificios públicos y casas matrices de muchas y diversas empresas, lo que la convertía en un punto laboral estratégico.

Durante los almuerzos, Martín se encargaba de que a los mozos no les faltasen cubiertos, paneras, vasos, copas y condimentos para llevar a las mesas y, si la clientela era demasiado abundante, quizás Don López lo dejaba atender.

Luego, una vez que los clientes retornaban lentamente a sus lugares de trabajo, el joven se instalaba en la cocina donde lavaba y ordenaba, mientras Don López y su hijo hacían cuentas en la barra.

Ese trajín le agradaba a Martín porque se sentía útil y necesario dentro de una organización que, por más pequeña y familiar que fuese, tenía un motor complejo y bien aceitado.

Cerca de la media tarde, el joven regresaba a la pensión donde se recostaba debajo de uno de los árboles del jardín refugiándose del agobiante calor. Allí permanecía un largo rato, luego tomaba una ducha y retornaba al restorán para volver a preparar las mesas para la noche.

Las cenas eran relativamente distintas, sobre todo, porque los clientes tenían otro perfil. Ya no se trataban, en su mayoría, de simples empleados sino de residentes platenses que salían a pasear envueltos en la frescura de la noche tras una jornada cansadora de trabajo. Eran personas muy orgullosas de su ciudad, básicamente, y miraban con cierta condescendencia a quienes provenían del interior de la provincia y buscaban trabajar y estudiar.

Estos comensales conformaban, habitualmente, pequeños grupos selectos de personas bien vestidas y arregladas que eran, o habían sido, *rugbiers* y jugadoras de hockey. Había muchas parejas, las más jóvenes se divertían mientras que las adultas discutían sobre política. Estos últimos eran una mayoría radicales. De un lado, se encontraban los viejos *balbinistas* que llevaban tres años de duelo y, del otro, los nuevos *alfonsinistas* que atravesaban su apogeo en sus autos nuevos y adornados con chapitas ovoides con los colores de la bandera argentina y la sigla “RA”.

Martín comenzó a odiar a esa gente que lo trataba como un pobre esclavo al que mantenían en vilo hasta altas horas de la madrugada para satisfacer requerimientos triviales pero que debían ser satisfechos. “Joven, recuerde que el cliente no siempre tiene la razón pero hay que dársela igual para que pague la cuenta y regrese”, le repetía



Don López cuando su empleado desprendía fuego de sus ojos, encolerizado con algún comensal que se acababa de comportar de manera descortés.

Todas estas situaciones representaban un mundo nuevo para Martín, quien había logrado desplazar el miedo ante lo desconocido por una adrenalina permanente que lo mantenía filoso como un cuchillo.

Por su parte, Don López estaba satisfecho con el trabajo realizado por Martín así que le ofreció cubrir también los dos turnos del sábado a cambio de una justa suma de dinero. El joven aceptó contento porque nunca antes había tenido un sueldo tan generoso. Además, sabía que cuando en febrero comenzara la Facultad iba a tener que resignar algunas horas de trabajo en el restorán para poder cursar y estudiar de lunes a viernes.

Pero todo lo bueno siempre tiene un lado negativo: al joven sólo le quedaba el domingo como único franco a la semana, por lo que el tiempo no le alcanzaba para regresar a la villa a descansar y visitar a sus seres queridos.

Ya había pasado la primera mitad de enero y los días en la vida de Martín transcurrían vertiginosamente, lo que le hacía recordar los momentos intensos de la temporada en Villa Gesell, cuando todos trabajaban a sol y a sombra para atender a los turistas veraniegos.

Ahora sí que debe estar enojada. Tendría que haberla llamado mucho antes, aunque sea para explicarle la situación y disculparme, pensó Martín mientras extraía de su billetera el trocito de cartón con el número de teléfono de Dolores.

Había pensado mucho en ella por esos días, más por culpa y soledad que por otra razón. Sin embargo, tomó el tubo del teléfono de la oficina que Don López tenía en el restorán y comenzó a marcar, pero imprevistamente se detuvo. “No tengo excusa ¿Qué

le puedo decir ahora? Me parece que ya no hay arreglo”, se dijo por lo bajo y colgó cobardemente.

En ese momento entró Don López, quien le permitía usar el teléfono para hablar con su familia pero, siempre y cuando, la llamada fuese después de las 20, cuando las comunicaciones de larga distancia costaban la mitad.

-¿Cómo están allá en la villa? Es difícil estar lejos de ellos, ¿no?

-Están bien, por suerte -mintió Martín, quien comenzó a alejarse del escritorio.

-Este sábado a la tarde vamos cerrar para arreglar las tuberías del baño del salón.

¿Por qué no aprovecha para ir a visitarlos?

-¿En serio? Muchas gracias. La verdad es que necesitaba unas horas libres durante el fin de semana para volver a casa. No sólo para descansar. También me viene bárbaro para solucionar algunas cuestiones personales pendientes.

Martín caminó hasta la puerta de la oficina cuando Don López lo llamó y con su brazo derecho peludo extendido le alcanzó un trozo rectangular de cartón escrito con lapicera. “No se olvide de esto, sino no va a resolver esas 'cuestiones personales pendientes’”, señaló el viejo, ante lo cual, el joven le devolvió una sonrisa socarrona, tomó el cartoncito, lo guardó en uno de los bolsillos de sus vaqueros y se retiró en silencio. Era jueves a la noche y por precaución decidió ir a la terminal de micros para sacar lo antes posible el pasaje para viajar a Villa Gesell.

La villa le abrió sus brazos a Martín a media mañana del sábado. A esa hora ya se vislumbraba un excelente día de playa de fines de enero. Cuando pisó la polvorienta estación geselina, las plataformas estaban repletas de jóvenes ansiosos que acababan de llegar para pasar un fin de semana de vacaciones. Curiosamente, él, que hasta hacía pocos días había vivido casi toda su vida allí, también llegaba para descansar y pasarla

bien aunque sea por unas 48 horas, o un poco menos. “Parece una invasión”, refunfuñó mientras observaba a la gente moverse rápidamente de un lugar a otro, entrando, saliendo, subiendo, bajando, apiñándose, cargando bultos de diversos tamaños y colores, y empujando cualquier obstáculo que se les cruzase en el camino.

Decenas de personas formaban largas filas en la periferia de la terminal para tomar un taxi o abordar un colectivo que los llevara hasta sus respectivos hospedajes. Muchos viajeros llevaban al hombro sus grandes mochilas en las que guardaban las carpas que colmarían el destino más elegido: los campings.

Vio tanta gente esperando impaciente que la ansiedad le ganó de mano y decidió caminar hasta la casa de sus padres. No era una distancia larga, además, unas 20 cuadras bajo la apacible sombra de los pinos y a merced de una húmeda y aún refrescante brisa parecían ser una buena forma de olvidar el tedioso viaje en micro desde La Plata.

Al llegar a su casa vio que sus padres no estaban. Su madre había salido a realizar las compras para el almuerzo y su papá todavía estaba en el taller mecánico en el que trabajaba hasta el mediodía, cuando hacía un receso para ir a comer con su mujer, dormir una corta siesta y luego retomar sus labores.

Martín se tiró exhausto sobre su cama y advirtió que su habitación estaba tal cual la había dejado el día en el que había viajado de urgencia a la capital bonaerense para empezar a trabajar en el restorán de Don López.

Durmió un rato y cuando se levantó fue directo hasta el almacén de la vuelta para llamar a Leo a la juguetería en la que su amigo trabajaba, como cada año, durante toda la temporada.

-¡Ey! ¡Qué bueno que estás acá! Ahora estoy con mucho trabajo y no puedo hablarte pero entre las dos y las cinco de la tarde podemos ir juntos a la playa. ¿Qué te parece? -indicó el juguetero.

-Perfecto. Nos encontramos en la playa norte porque no tengo ganas de que me pasen por arriba en las del centro y además me muero por subirme a una ola. Vengo con mucho cemento bajo mis pies y ya me siento raro.

-¡Jajá! ¡¿Quién hubiera pensado que justo vos te convertirías en un bicho de ciudad?! Me parece un excelente plan. Nos vemos allá.

El calor agobiaba, el viento prácticamente ya no se sentía, por lo que el mar parecía una infinita sábana color azul oscuro. Se trataba de un gran paisaje, pero las olas no eran lo suficientemente altas y fuertes para proporcionar un viaje rápido y vertiginoso entre la espuma. Así que tras patear un rato, Martín y Leo nadaron un rato tranquilamente y se pusieron a tomar sol, muy relajados.

-¿Por qué no la llamaste a Dolores? Pensé que te gustaba en serio -dijo Leo.

-La verdad es que pensé en hacerlo varias veces en los últimos días. Pero estuve muy ocupado y, además, cuando me fui de raje a La Plata la dejé plantada y tenía miedo de llamarla y que me mandara a la mierda.

-Tampoco para tanto, che. Además, no pasó tanto tiempo.

-La verdad es que no sé cómo puede reaccionar.

-Mirá: Caro me dijo que Lola se sintió mal cuando no la llamaste para avisarle que te ibas a La Plata, pero ella también está muy ocupada trabajando en la panadería de los padres y estudiando.

-¿Estudiando?

-Sí. La bestia se llevó seis materias a marzo y vos sabés que si no rinde cuatro bien repite de año.

-¡No te lo puedo creer! Nunca me lo hubiera imaginado de ella.

-Bueno, eso no importa. Olvidate. Llamala. En serio. O sino pasá a la tardecita por el negocio que seguro va a estar ahí.

Martín admiraba la forma sencilla que Leo tenía de ver las cosas. Su amigo ostentaba de manera inconsciente una gran capacidad de no hacerse problemas por todo aunque a veces le faltaba cierta profundidad en sus análisis y más firmeza en sus decisiones. Pero en este caso tenía toda la razón. No había por qué ser tan pesimista. Además, si él decía que con Dolores estaba todo bien, era porque se lo aseguraba Caro, la mejor amiga de la hermana que, seguramente, contaba con información muy precisa sobre el tema.

-¿Y vos qué onda? ¿Con Caro todo bien?

-Sí amigo. Justo te iba a contar.

-¿Qué cosa?

-Imagínate.

Martín entendió de inmediato a dónde apuntaba su amigo y largo una risotada.

-¡Qué bueno! Me alegro por vos, bah, por los dos –le dijo a Leo, aunque en el fondo sentía un dejo de envidia y una pizca de celos.

Los dos amigos pasaron un buen rato bajo el sol y las olas hasta que cada uno retomó su propio camino. Leo se dirigió a su casa para darse un baño y regresar a trabajar en la juguetería, mientras que Martín enfiló hacia el centro, en dirección a la panadería de Lola que era atendida por toda la familia, desde su dueño, Antonio; su esposa, *Teresa Ventura*; y las hijas del matrimonio, Belén y Dolores.

Antonio había aprendido el oficio de panadero en Mar del Plata, donde hacía más de 20 años se había casado con su mujer. Al igual que los Mare, había llegado al país desde Italia, escapando de la devastadora post guerra y separados de sus padres por un mar de soledades y miserias. Pero “Toni”, como todos sus conocidos le decían, en vez de radicarse en el conurbano, como la mayoría de las comunidades de inmigrantes, se fue directo a la ciudad costera junto a su hermana menor, *Josefina*, quien muy joven

se hizo amiga de Teresa, también instalada en “La Feliz”, y terminó oficiando de puente para que la pareja se uniera.

La panadería *Aqua* había surgido como un negocio sacrificado ya que al principio, cuando no podía costear tener empleados, Toni se encargó él solo de la madrugadora tarea de amasar y hornear. Pero el comercio fue creciendo de a poco y con el tiempo su dueño pudo comprarse un terreno y construir su casa para dejar de alquilar el pequeño departamento que habitaba con su familia.

Para 1984, los Aqua ya vivían en un chalet ubicado cerca del centro comercial y todos trabajaban en la panadería los 365 días del año, donde Toni también empleaba a Javier, su futuro yerno, algo resistido. Sin embargo, parecía una familia modelo y el panadero, con el correr de los años, se convirtió en uno de los pioneros de la villa, respetado por todos.

Martín cruzó la puerta del frente del local y entre los clientes que esperaban ansiosos sus churros y bolas de fraile rellenos con dulce de leche y crema pastelera o bañados en chocolate, la vio a Lola parada junto a la caja registradora con su largo pelo morocho recogido con un rodete a la altura de la nuca. El rostro de la joven se veía algo pálido por la falta de exposición solar y mostraba un gesto tenso, de concentración. Y los ojos marrón nuez estaban fijos en los billetes que contaba en sus finas manos de largos dedos y uñas sin pintar.

Ella levantó la cabeza para entregarle el vuelto a un cliente cuando vio que Martín estaba parado junto al umbral y la sorpresa reavivó su cara. Entonces, la joven fue hacia la parte trasera del local, donde funcionaba un sector de la cocina, y regresó rápidamente ya sin su delantal. Dejó la caja en poder de su hermana y fue el encuentro de Tincho, a quien saludó con un beso en la mejilla. Ella sonrió y luego, con un gesto de la mano, lo invitó a salir del local. A él ya le habían comentado que los padres de la

chica eran muy estrictos, más que nada, en cuestiones de trabajo, por lo que Dolores prefería respetar ese espacio cómo si fuera un santuario.

-Vamos a la plaza de la esquina. Allí nos podemos sentar en algún banco y charlar tranquilos un rato.

-Dale. Estás muy linda. El uniforme te queda bien.

-Gracias, aunque yo odio estos pantalones porque son demasiado calurosos para usarlos en pleno verano.

-¿Cómo estás? ¿Mucho trabajo?

-Sí, bastante. Es una muy buena temporada hasta ahora. La verdad es que estoy bastante ocupada y cansada porque también estoy estudiando para rendir en marzo.

-Sí, me dijo Leo que te llevaste varias.

-¿Varias? Seis. Mis viejos me quieren matar. Así que si no estoy acá, estoy en lo de algún profesor particular o a la noche estudiando en casa. Lindo verano ¿no?

-No es muy diferente al mío. En La Plata estoy trabajando de lunes a sábado. Este fin de semana, por suerte, cerraron el restorán y me pude venir a descansar un poco.

-¿En serio? Pensaba que los fines de semanas los tenías libres.

-Ojalá. Así me podría escapar más seguido para acá.

-Y bueno, se ve que no nos queda otra que trabajar.

-Y sí. Pero siempre podemos usar algún rato libre para hacer otras cosas más divertidas. Por eso vine a Gesell. Y también para verte y disculparme por no haberte llamado antes.

-Ya fue, olvidate. Está todo bien. Estabas muy ocupado, te entiendo.

-¿No estás enojada?

-No, para nada.

-Bueno, me alegro que así sea. La verdad es que me están pasando muchas cosas juntas, una atrás de otra, y a veces me pierdo. Pero en medio de toda esa ensalada pensé mucho en vos.

Dolores dibujó una mueca de satisfacción con su boca, pero no dijo nada. Permanecía sentada con las piernas cruzadas y sus manos, una arriba de otra, sobre su regazo. El sol ya empezaba a esconderse detrás de las casas, departamentos y negocios, y los rayos lumínicos apenas se filtraban entre las paredes y reverberaban en la camisa blanca de la joven.

-Mirá -dijo Martín mientras extraía de su billetera el trozo de cartón que había intercambiado con la joven la noche que se besaron por primera vez-, todavía tengo la tarjeta con tu número de teléfono.

Dolores rio con dulzura pero siguió callada, evitando el contacto visual con aquel joven que comenzaba a incomodarse ante la falta de respuestas. Martín no solía dar muchas vueltas, así que tomó una iniciativa bien clara.

-Entiendo que estás muy ocupada trabajando y estudiando. Pero estaba pensando en ir esta noche a tomar algo, ¿te gustaría?

-Me encantaría pero como vos mismo dijiste: tengo que estudiar y mañana a la mañana me toca venir a la panadería.

-No hace falta que te acuestes muy tarde. Podemos salir temprano así podés descansar bien para poder trabajar.

En ese momento, la urgencia se apoderó de ambos y la charla, que había comenzado amena, se transformó lentamente en una espiral sin salida.

-No es sólo eso. Estoy en una situación muy complicada. Mis viejos me castigaron por haberme llevado tantas materias a marzo y no me dejan salir, salvo para estudiar o trabajar. Espero que me entiendas.



-Claro que te entiendo, aunque no me gusta para nada esta situación. Además, creo que se puede salir hasta una hora razonable que te permita después dormir lo suficiente para cumplir al día siguiente con todas tus obligaciones. O sea, una cosa no quita la otra.

Dolores lo miró a los ojos por primera vez en toda la charla pero lo hizo con resignación. Su silencio era una clara muestra de que se encontraba entre la espada y la pared y sin saber bien cómo actuar, no sólo frente a las exigencias de sus padres, sino también ante la presencia intransigente de Martín.

El joven se dio cuenta de que no iba a haber forma de que la convenciera de lo contrario y toda la situación ya le había generado cierto enojo y frustración, por lo que también prefirió callar y ceder. Así fue que ambos se pararon lentamente, se saludaron con un beso en la mejilla y se despidieron con un “después hablamos”.

Martín emprendió el regreso a su casa mascullando bronca, sin entender por qué Dolores lo había tratado con tanta frialdad y distancia. Sabía que Leo no le había mentado, por lo que consideraba mucho más probable que la joven no estuviese diciendo toda la verdad. Quizás conoció a otro, pensó mientras caminaba por el bulevar castigado por la incesante presencia de jeeps, autos y camionetas conducidos por los descuidados turistas que volvían de la playa con sus pieles enrojecidas.

Dolores, en cambio, se acomodó nuevamente detrás del mostrador de la panadería que al caer la tarde empezó a vaciarse de clientes. Entonces llegó su momento preferido del día, cuando el clima, más amigable, le permitía sentarse en un macetero ubicado frente al local, junto al cordón de la vereda y disfrutar de la fresca viendo a la gente pasar al tiempo que ella pensaba en nada y en todo a la vez.

Innumerables ideas cruzaron por su cabeza como un remolino. La mayoría de ellas estaban relacionadas con Martín. Es que todavía no entendía por qué, si había

esperado tantos días para poder verlo, cuando finalmente lo tuvo frente a frente se paralizó. “Cagona. Le hubieras dicho toda la verdad”, se dijo apenas susurrando antes de volver a cruzar el mostrador para cerrar la caja y hacer las cuentas de la jornada.

## V

Los primeros días de febrero resultaron ser un pequeño oasis en medio del caluroso verano platense. El fin de enero había sido insoportable, con temperaturas tan altas que después del mediodía no quedaba ni un alma en el hervidero de la calle, azotada por una fuerza solar descomunal. Sin embargo, la fonda de Don López mantuvo su clientela regular ya que muchos preferían ponerse a resguardo de las agobiantes horas de la siesta en las sombras de algún bar o restorán y beber algo frío.

Así fue que Martín siguió con sus tareas habituales que ya las manejaba al dedillo. Es más, hacía tanto calor en la pensión que a veces prefería quedarse en el restorán donde mantenía largas charlas con Don López, quien parecía determinado a enseñarle todo lo que sabía sobre el negocio gastronómico.

El joven estaba muy entusiasmado con su trabajo y Villa Gesell parecía estar más lejos que los 400 kilómetros de distancia que figuraban en los mapas. Y al llegar el segundo mes del año el clima externo cambió pero no demasiado el interno: llovió durante dos semanas seguidas provocando una drástica baja en el termómetro, en tanto que Martín comenzó el curso de ingreso a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de La Plata, lo que aceleró su excitación y terminó por ocupar el poco tiempo libre que le quedaba en su agenda.

Su mundo estaba casi completo. Tenía su trabajo y ahora su estudio, el cual había esperado con suma ansiedad. Me falta una novia nada más. Pero bueno, eso ya va a llegar, evaluó el joven mientras veía pasar por los pasillos de la Facultad un desfile de hermosas jóvenes provenientes de toda la provincia y también de la ciudad. Estas últimas eran muy fáciles de reconocer, no sólo por su arreglado aspecto, bien a la moda, sino por su gesto orgulloso y sus movimientos en rebaño. En cambio, entre las chicas

del interior había de todo un poco. Algunas se mostraban muy inocentes, quizás porque llegaban de lugares alejados de las cabeceras de partidos y que tenía otros estilos de vida. Otras, en cambio, parecían estar un poco más avivadas porque, probablemente, no se trataba de su primer contacto en una gran urbe y sus costumbres.

El edificio universitario era una especie de circo cromático ya que en su interior colgaban las banderas y carteles de las diferentes agrupaciones de los renacidos centros estudiantiles que pugnaban cada vez con más fuerza por hacerse del poder sobre el alumnado.

De hecho, la política parecía ser la única preocupación de los estudiantes. A papá sí que le hubiera gustado estar acá, pensó Martín, quien comenzó a notar que no había mucho espacio para el arte literario durante las clases que terminaban siendo un debate entre decenas de estudiantes y un profesor.

El joven la pasaba mejor cumpliendo con las lecturas obligatorias del curso de ingreso en la intimidad de su habitación en la pensión más que adentro del aula y, de a poco, fue aprobando los trabajos prácticos que le encargaban sus profesores.

Si bien no participaba de las discusiones políticas, Martín se relacionaba satisfactoriamente con la mayoría de sus compañeros, en especial, los oriundos del interior bonaerense. Le llamaba la atención que no había encontrado aún jóvenes de Mar del Plata o de los balnearios de la costa atlántica, aunque sabía que muchos de los que él conocía habían preferido estudiar en la Universidad Nacional marplatense por una cuestión de mayor cercanía, principalmente, más que de nivel académico.

Es que no todos tenían la posibilidad económica de poder viajar largas distancias para estudiar y/o trabajar al mismo tiempo y afrontar esos costos sin descuidar los libros. Era muy difícil llevar a cabo satisfactoriamente esas dos tareas juntas, por lo que sólo unos pocos privilegiados podían dedicarse únicamente a la Facultad.

Martín siempre prefirió el nivel académico al costo económico porque confiaba en que trabajando iba a poder ganar el dinero que necesitaba. Y como hasta mediados de febrero lo había logrado se sentía bastante satisfecho. Sin embargo, su amigo Leo, por ejemplo, había decidido no ir a la Universidad porque, según él, su puesto en la juguetería familiar no le daba el tiempo ni el dinero suficiente para hacer las dos cosas.

Uno de los nuevos placeres de Martín era poder compartir las clases con *Sofía*, una joven de su edad que si bien residía con su familia en Berazategui, a unos 25 kilómetros de La Plata, prefería quedarse con una amiga, Constanza, también compañera de estudios, en una vieja casa alquilada por los padres de ambas y que estaba ubicada cerca de la universidad.

Le gustaba Sofía porque era una chica muy apasionada en todo lo que hacía. Podía criticar a “esos milicos de mierda”, como ella solía decir, con la misma fuerza e inteligencia con la que analizaba un cuento de Roberto Arlt o entonaba una canción de Silvio Rodríguez o del Flaco Spinetta al compás de una guitarra criolla.

Pero así como tenía gustos variados y amplios, también presentaba una propensión a la inestabilidad emocional, en especial, a la hora de relacionarse con los hombres que la buscaban todo el tiempo porque era una mujer hermosa, de tez blanca, ojos verdes y bien grandes, con un pelo lacio, rubio ceniza y que le llegaba hasta la cintura.

Martín había conseguido poder hablar diariamente con ella sin coquetear demasiado, lo que a Sofía le resultaba cómodo y así no tenía que recurrir a sus habituales maniobras de evasión.

Después de clases pasaban largos ratos por las distintas plazas de la ciudad hablando de música y literatura, pero ella insistía en debatir sobre política. Pero como él no era un gran conocedor de la materia no le molestaban esas charlas tanto como las de

sus otros de sus compañeros de la Facultad porque pensaba que Sofía sí sabía mucho al respecto y podía enseñarle.

Habitualmente tomaban mates sentados a la sombra de los árboles hasta que Martín debía regresar al restorán. A veces suspendían las charlas y ella lo invitaba a la madrugada, cuando él salía del trabajo, a seguir debatiendo con su amiga Constanza en la casa alquilada. Allí cenaban, ellas tocaban la guitarra y cantaban, mientras el joven invitado acompañaba con las palmas y algunos versos de las letras, muchas de las cuáles no las había escuchado nunca.

-Martín, ¿qué vas a hacer cuando te recibas? ¿De qué te gustaría trabajar? -  
disparó imprevistamente Sofía una noche que la halló recostando sus largos y delgados brazos sobre la caja de la guitarra que descansaba en su regazo.

-No lo sé todavía. ¿Por?

-Por nada. Sólo me preguntaba por qué estabas estudiando. Digo, alguna idea debés tener de lo que vas a hacer cuando te recibas.

-Sí, obvio. Me gusta leer y escribir, por lo que podría ser un buen novelista. Sé que eso le gustaría mucho a mi papá, más que a mí, ¡jjajá! Igual falta tanto que uno nunca sabe lo que va a pasar.

-Yo sí sé.

-¿En serio? ¿Sos vidente? -bromeó Martín.

-No, tarado. Yo sí sé lo que voy a ser: docente. Después de recibirme quiero hacer el magisterio para poder enseñarles todo lo que aprendí a los más jóvenes. Sería una gran profesora porque los incitaría a pensar por sí mismos sin buscar imponerles ideas como se hace ahora.

Sofía soñaba despierta y se entretenía divagando pero, a la vez, no despegaba por completo sus pies del suelo. Y eso atraía a Martín, quien quedaba imantado por la

seguridad y confianza de aquella joven que hablaba de todo un poco pero nunca de su familia, lo que a él le resultaba extraño aunque todavía no había encontrado el momento ideal para preguntarle al respecto.

Martín también renegaba cada vez que debía interrumpir sus encuentros y charlas con Sofía para ir a trabajar, al tiempo que dormía poco porque salía todas las noches de la fonda de Don López y pasaba primero por lo de las chicas antes de irse a descansar a la pensión. Luego se levantaba temprano para ir a la Facultad, de ahí al restorán, donde se dedicaba a sus labores con prisa desde el mediodía hasta la hora de la siesta cuando se reunía con ellas a estudiar o simplemente a pasar el rato mateando.

La tercera semana de febrero era la última del curso de ingreso y con los demás compañeros del interior habían planeado que el sábado, después de terminar las clases, iban a ir todos juntos a una peña que organizaba la Facultad.

Martín vio esa oportunidad como la mejor posibilidad de confesarle a Sofía lo mucho que le gustaba y que ya no podía seguir siendo un simple compañero de charlas, mates y canciones. No tenía ni idea de que cómo ella podía llegar a reaccionar pero estaba decidido a decírselo.

Fue curioso que durante la semana previa al sábado, luego de haber tomado esa determinación, Martín comenzó a sentirse un poco incómodo al lado de Sofía. Una especie de miedo a que la joven descubriera sus intenciones antes de tiempo le recorría el cuerpo cada vez que la tenía cerca. De hecho, él evitaba mirarla seguido a los ojos.

Sofía parecía no advertir esa situación pero sí lo hizo Constanza, a quien él varias veces la había sorprendido riéndose de manera cómplice mientras miraba a la pareja a la distancia.

*Coti* se está haciendo la boluda. Mejor me tranquilizo porque no voy a llegar al sábado a la noche, concluyó Martín una mañana de ansiedad en la que procuraba

terminar de leer unos textos para el trabajo final del curso en un pasillo contiguo al aula, donde Sofía y Constanza estaban sentadas en el piso, recostadas contra la pared.

Ya era jueves y a los jóvenes sólo les quedaba por rendir dos trabajos más. Si aprobaban ambos ingresaban a la carrera directamente. Si reprobaban alguno, debían presentarse a un recuperatorio la semana siguiente.

Nadie quería estudiar siete días más. Por eso, el objetivo era llegar al viernes con todos los trabajos aprobados para poder tener una semana de vacaciones ya que la cursada de la carrera iniciaba recién los primeros días de marzo.

“¡Misión cumplida!”, festejó Martín con los puños cerrados cuando el viernes a las 11 salió del aula tras haber aprobado su último trabajo práctico. Dentro de la clase aún permanecían Sofía y Constanza, por lo que decidió esperar a que ambas terminasen.

La primera en salir fue Sofía, quien también estaba contenta por haber aprobado el curso completo.

-¿Así que te fue bien? Me alegro -dijo él sentado en uno de los bancos de hierro ubicados unos metros al costado del salón de clases, mientras ella, de pie junto a la ventana, miraba como su amiga finalizaba el trabajo.

-Sí, por suerte. Ahora tenemos una semanita libre ¿No es genial?

Sofía sonreía y se frotaba las manos como si se preparase para disfrutar su plato preferido o un manjar especial.

-La verdad que sí. A mí me va a venir bien, así puedo dormir más a la mañana antes de ir a trabajar.

-¿Te gusta dormir?

-Sí. Además, lo necesito -respondió él cruzando una pierna sobre la otra-. ¿Qué?

¿A vos no te gusta dormir?



-Sí. Pero no mucho porque no quiero sentir que estoy perdiendo demasiado el tiempo.

-Con razón trasnochás tanto.

-Claro. Prefiero hacer algo, cualquier cosa, antes que dormir.

-Bueno, ahora que no hay que madrugar tanto podemos repetir tranquilos y sin apuro las zapadas de las madrugadas, ¿no?

-Obvio. La pasamos muy bien.

-Tal cual. Es muy divertido -asintió él, luego se puso de pie y se colocó la mochila sobre sus espaldas-. Bueno, me voy al restorán ¿Nos vemos mañana en la fiesta?

-¿Qué fiesta? -preguntó ella, distraída.

-Una que organizan los chicos del ingreso. ¿No te dijo Coti?

-¡Ah, sí! Ya me acordé.

-¿Y vas a ir?

-Seguro que sí.

-Genial. Entonces nos vemos ahí. Saludos a Coti y espero que ella también venga -se despidió el joven desde lejos y sin un beso en la mejilla como acostumbraban a hacerlo. El plan adoptado en ese momento por Martín era claro: fingir un interés en la amiga de Sofía con la ridícula intención de sembrar pistas falsas sobre su real y verdadero deseo.

Durante su recreo de la siesta Martín trazó en su cabeza diferentes formas posibles de encarar a Sofía. Sabía que era muy distinta a Dolores ya que se trataba de una joven bastante más desestructurada, menos conservadora. Se podría decir hasta informal. Y todas estas características eran tan buenas como malas para él porque lo confundían a la hora de definir si existía un trato amistoso o había un verdadero interés

más sexual. Sin embargo, consciente de ese riesgo, no había variado en su decisión a decirle todo lo que sentía por ella.

Y cómo no iba a tener el tiempo suficiente para regresar a la pensión, bañarse y cambiarse para luego ir a la fiesta, el joven se duchó antes de ir a trabajar, algo que nunca hacía ya que los olores del restorán obligaban sin falta a darse una ducha al terminar la jornada laboral. Claro que la principal víctima de esos aromas gastronómicos era, sin dudas, la ropa, en la que, a pesar reiterados lavados, aquellos se impregnaban como un residuo de mal sabor.

Luego de la refrescante ducha, que de paso lo tranquilizó y le despejó un poco su mente embarullada, colocó sus mejores prendas de vestir en un bolso que llevó consigo al restorán para cambiarse allí y luego partir lo antes posible al tan esperado encuentro.

Ese sábado a la noche resultó ser, como siempre, el momento más atareado de la semana en la fonda de Don López. El salón estuvo prácticamente repleto, en especial, de platenses que acababan de regresar de sus vacaciones pero aún deseaban salir a pasear, divertirse, disfrutar una buena comida y beber durante largas horas.

Mientras atendía las mesas, Martín sólo deseaba que llegara la hora de cerrar para poder irse a la fiesta. De hecho, tantas personas disfrutando del ocio le generó un poco de recelo.

Don López lo notó enseguida y lo regañó. Le pidió que se calmara y que “cambiara esa cara de culo”. Al joven no le gustó la crítica pero la aceptó sin responder porque sabía que el viejo tenía razón.

Hizo su mejor esfuerzo por cambiar el contrariado gesto de su rostro por uno más agradable y, sobre todo, servicial. Y así tuvo la sensación de que las horas de la cena pasaron más rápido.

Faltaban pocos minutos para las dos de la madrugada del domingo cuando Martín salió del restorán prácticamente a la carrera y en dirección a la fiesta que se desarrollaba en una vieja pero enorme pensión del barrio *El Mondongo*, cerca del bosque platense, donde jugaba *El Lobo*. Y como los organizadores del evento eran todos los que recién ingresaban a la Facultad, y ésta aún permanecía vacía de estudiantes regulares, la peña se hizo fuera de las instalaciones universitarias.

Martín caminó por las silenciosas calles del barrio cuyas casas bajas, en su mayoría tipo chalets sencillos y con amplios jardines, le recordó a su querida villa. Si bien en la ciudad abundaba el asfalto, en este rincón platense, las veredas anchas con altos y tupidos árboles adornados por canteros le daban un toque agreste al lugar.

En medio de la oscuridad y cuando sólo resonaban sus pisadas sobre el cemento, comenzó a escuchar el sonido de la música y al avanzar por el medio de la desierta avenida vio las siluetas de personas entrando y saliendo de la fiesta.

Su corazón comenzó a latir cada vez con más fuerza, como si estuviese dando saltos dentro del costado izquierdo de su pecho. Claro que no se trataba de la primera fiesta a la que iba en su vida, todo lo contrario, pero sí era su debut en la noche universitaria rodeado de desconocidos, aunque sabía que en el fondo ésa era precisamente la idea de ir a estudiar lejos de casa: conocer gente y lugares nuevos.

La casa estaba repleta de chicos del Interior ya que éstos no participaban del circuito nocturno de bares y boliches platenses, los cuales eran ocupados principalmente por los locales. Por ello es que la denominación “peña” servía para describir de manera diferente una fiesta común y corriente, con mucho público joven, música moderna y cerveza, y nada de folklore, empanadas, locro, vino y pañuelos al aire.

Martín vio muchas caras conocidas del curso de ingreso, no de sus clases, pero sí de otras carreras. Uno de sus compañeros le alcanzó un vaso de cerveza y le indicó

donde se encontraba el resto del grupo que estaba en el fondo del jardín, alrededor de un chico que tocaba la guitarra a pesar del alto volumen de la música que invitaba a bailar. En esa ronda estaba Constanza y a su lado Sofía, quien al verlo llegar se paró y lo fue a saludar con un beso.

-¿Cómo estás? -preguntó él, muy formal.

-Todo bien. ¿Vos?

-Bien, bien. ¿Y qué onda la fiesta?

-Aburrida y, encima, este chico no entona ni una sola de las canciones que intenta tocar, ¡jajá!

-Yo recién llego pero, si querés, podemos agarrar unos vasos de cervezas y vamos a dar una vuelta, a caminar hasta alguna plaza. Así cambias de aire.

-¿Te parece?

-Sí, dale. Además, disfrutamos de la noche que está muy linda -propuso él de inmediato, sin reparar en que sus intenciones acababan de quedar completamente al descubierto.

-¡Dale! Buena idea -respondió Sofía sin dudar, lo que sorprendió a Martín, quien había esperado una reacción menos entusiasta de parte de la joven.

-¿Le decimos a Coti que venga con nosotros? -disimuló él, quien ahora buscaba provocar en Sofía una nueva reacción que le diera más pistas sobre las intenciones de ella.

-Mejor no. Está sentada al lado de un chico que le gusta así que prefiero no interrumpirla.

Esa respuesta fue una especie de enviñon que llevó a Martín a tomar a Sofía rápidamente de la mano para conducirla a través de la casona hasta la calle donde recién la soltó para comenzar a andar.

Caminaron varias cuadras casi sin hablar, lo que era poco habitual en la relación entre ambos y claramente presagiaba algo nuevo para los dos. La avenida seguía desierta y en el suelo sólo se reflejaban las sombras de los árboles que bailaban al compás del viento que soplabá con timidez.

Después de un rato llegaron hasta una plaza ubicada sobre un bulevar rodeado de diagonales. Estaba bien iluminado. No había bancos pero sí un largo tronco que había sido cortado hacía mucho tiempo y yacía seco sobre el largo césped.

Cruzaron una mirada buscando aprobación y enseguida acordaron tácitamente sentarse sobre ese gran trozo de madera. Se acomodaron uno al lado del otro, con sus cuerpos en paralelo, bien pegados pero mirando al frente y hacia arriba, a la luna y las estrellas.

-Que linda noche -dijo ella suspirando y luego tomó la mano de él, quien seguía con su mirada hacia adelante.

Cuando Martín sintió la piel de ella contra la suya giró la vista hacia el rostro de Sofía, cuyos ojos ya lo aguardaban. Entreabrió la boca para empezar a hablar pero ella apoyó su dedo índice en los labios de él.

-No digas nada -lo espetó.

-Está bien -asintió él, quien retiró lentamente de su boca el suave dedo de Sofía.

Luego, Martín acercó sus labios hasta los de ella para fundirse en un tierno y prolongado beso. Al principio, fueron tan fuertes las ganas de él que chocaron sus dientes. Pero ella, sutilmente y haciendo gala de cierta experiencia, le aminoró su torpe marcha y así ambos lograron sincronizarse y alcanzar la armonía buscada, ese deseo que a veces es tan difícil de cumplir para tantas parejas, incluso después de mantener una relación de muchos años.